

Operación Hermano

Chiño

Medio país está colgado de los programas de canteras de estrellas, astros que bien poseen luz y fulgor propio o que sólo se lo confiere la notoriedad televisiva. El último de ellos, el del triunfo, es de los de tirón: millones de espectadores, disco vendido y pirateado por doquier, vídeo oficial expedido hasta en farmacias y un carrusel de actuaciones por las salas de fiestas del país. Si cantan o bailan bien está por ver, pero desde luego son el paradigma del actual panorama audiovisual.

Dándole vueltas a la clave de estos éxitos fulgurantes, se me antoja como explicación más fiable la del cotilleo, la del curioso por la vida del prójimo. En las ciudades, donde ya no hay patios de vecindad y sólo conoces al vecino de puerta al cruzarte con él en el ascensor y de la reunión de la comunidad para aprobar la subida de cuotas, en nuestras ciudades se ha perdido buena parte de lo que constituía un ejercicio habitual de socialización. Hace unas décadas fijarse en modos y vestimentas, en el hablar –preferentemente mal– del prójimo resultaba un adiestramiento cívico de primer orden. Actualmente, perdida la proximidad del vínculo vecinal, todo se expone y se aprende en la caja tonta. Preferimos disfrutar de los avatares de los otros a través del televisor, con el mando a bastante distancia de la vida. El gesto amable, la reprimenda necesaria, el espacio de la comunicación, la forja de la convivencia no merecen la pena. Nos relacionamos mayormente a través del post-it y de los mensajes en la nevera. Lo gratificante es tomar partido por el imbécil de turno que va a ser artista, que nos va a alegrar los momentos de disfrute íntimo. Algunos, como los de Gran Triunfo, ni siquiera serán cantantes en sentido estricto, pues su característica meritoria para entrar en la celebridad es la de no tener reparo alguno para mostrar sus inmundicias ante las cámaras, en un ejercicio obsceno más deplorable que las películas porno.

No nos queda más remedio, pues, que volver a los orígenes. Releyamos a Orwell, retomemos aquella revista bandera del final del franquismo y de la transición. Aquello sí que era un Triunfo, aun a riesgo de que a nuestro presidente del Gobierno le pueda parecer otra antigualla.